

PEQUEÑOS DETALLES

RECUERDO de los médicos antiguos el desorden administrativo. Los llamaremos antiguos, aun-

que no lo sean, pues con los cambios, parecen antediluvianos.

Apuntar a los que querían igualarse, lo hacían en un papel cualquiera, que andaba dando vueltas por la cartera y los bolsillos meses y meses, hasta que por fin pasaban al cuaderno. Hacer los recibos para cobrar, una vez al año, era un trago excepcional para el que nunca había tiempo y pasaba, al fin, a manos del cocheru o de la esposa. No era que no les gustara el dinero ni lo necesitaran, sino que creían deber recibirlo sin engorros impropios. Tampoco era exclusiva de los médicos esta apreciación, era general el menosprecio hacia lo subalterno, por fundamental que pudiera considerársele. Se hablaba con desprecio de las cuestiones de estómago y con no menor desdén de las personas que las erigían en normas de su vida.

Tenían un interés insuperable por la clientela, pero, cualquier papeleo, por insignificante que fuera, les subleaba, y si a regañadientes llenaban algún papel, era

proverbial su desorden, la escritura torcida, como de mala gana, los gurrapatos ilegibles, las gotas de tinta empapadas con polvos de la salvadera y la redacción incompleta, seca, sin el menor formulismo.

Comparándolos con los médicos actuales, se queda uno abortido ¡Qué prodigios!

Le dan ciento y raya a los oficiales de oficina. Es admirable la cantidad de papeles que rellenan, la corrección de las formas burocráticas y el cumplimiento de todos los preceptos reglamentarios; el encabezamiento, el cuerpo del escrito, la antefirma, la firma, la aclaración de la firma a máquina, el sello, el timbre, la anotación marginal, el registro, el pie del escrito, la dirección, y todo con varias copias y perfecto, como a máquina. ¡Qué maravilla!

Aquellos médicos recetaban siempre en papel de barba, sin timbrar, que compraban por manos. De cada pliego hacían diez y seis recetas, que metían en el centro de la cartera, con el lapicero de madera tumbado en el doblez. Generalmente recetaban de pie, poniendo una cedula blanca contra la cartera. Antes, cuando el médico se sentaba siempre, lo hacía apoyando la cartera sobre la

Interesante fotografía hecha en la sala de curas del Hospital viejo, bien empedrada, como se ve.

En ella figuran dos alcazareños de fama: el médico Talán y Caravaca el practicante.

Es evidente que D. Policarpo, sentado ahí como un patriarca en posición de reconocimiento ginecológico, se había perfeccionado mucho ya y que traía El PROGRESO en sus visitas al pueblo. Se remanga, se pone delantal alto para curar, mientras que Ruperto se mete la blusa encima de la chaqueta. Sin embargo, la blusa es blanca, de las que se notaba lo sucio en ellas y no negras, como se llevaban otras veces.

De D. Policarpo, ya se habló en el primer fascículo.

Ruperto era jorobado y muy poseído de su papel, a pesar de que no alcanzó el tiempo de verdadero esplendor de su arte y vivió limitado a la sangría, las sanguijuelas, las ventosas y los vejigatorios, que tampoco eran cosas de diario, pues se pasaban los meses sin que nada de esto fuera menester.

Sacaba, también, muelas, aunque en esto como en todo, tuviera que soportar la competencia de otros aficionados—Quintanilla, Camilo y Máximo, sobre todo—para los que aquello del título era un papel mojado y quién sabe si tendrían razón, pero el caso es que con tal motivo Ruperto sacaba su genio indignado de que aquellos tuvieran en su tienda, como él, aquel armario, de medio metro en cuadro, forrado de bayeta encarnada y hoja de cristal para que se viera el contenido y se supiera el arrojito del maestro. Allí estaban expuestos los instrumentos de cirugía menor, lo mismo que en el Hospital de la calle Santa María, sin más diferencia que este tenía un aparador viejo y casi vacío.

El aparato importante del armario era la llave de sacar muelas, instrumento tan seguro que era peligroso en manos torpes y había quien tenía verdadero arte en la aplicación de la cinta para sujetar la uña al fuste de la llave.

Con la llave había algunos «dentuzas» (forceps) y lancetas. Muchos tenían un frasco con sanguijuelas, que había que cuidar esmeradamente para que mordieran bien al aplicarlas.

El barbero tenía que contar con este menester, como el carpintero con el de los ataúdes y tapar los muertos y si no tenían estómago para ello, les valía más dedicarse a otro oficio, pero pocos lo hacían, lo cual prueba que no era tanto el estómago que se necesitaba y en cambio la cosa permitía «darse pisto», a cualquier pelele que era lo que sacaba de quicio a Ruperto y le dió fama de «lecherillo» siendo, como era, una excelente persona y un ministrante disciplinado y competente, que enalfectó su oficio en una época de penuria general.

